Tom. 1. Num. 19. —145— 24 de agosto de 1843.

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

LAS GOLONDRINAS CON FALDAS.

I.

Con todo ese gran chirúmen;
con tus barbas y patillas;
con tu formidable abdomen;
con tu prosa y poesía,
con tus libros é impresiones,
ni con tu apreciable RISA,
no me has de acertar Ayguals
á quien llaman GOLONDRINAS
en las afueras dichosas
de esta córte corrompida.
Dirasme, no tiene duda,
que es á ciertas avecillas
que el verano acá lo pasan
y el invierno en otros climas,
es verdad? mas no son estas
las de mi propuesto enigma.
Dígote que gastan faldas,
velo, ó mantilla de tira,
zapatito abotinado,
ó abierto y con largas cintas;
grande pañuelo de manta
ó de crespon de la India:
ya demócrata abanico,
ya aristócrata sombrilla:
ya chales ó delantal,
ya es moza, ó ya señorita.
—«Basta: basta; lo acerté,
»¡y te juro por mi vida
»que el logogrifo ó charada
»propio es de la astrologia
»de aquel monarca tebano,
»que á su madre hizo cosquillas!!
»De mas bulto *adivinajas*
»propon amigo á la RISA.
»Esas aves que no vuelan
»y con tal calor nos pintas,
»y tan poco disfrazadas
»con toda tu algaravía,
»son Lucrecias ó Amazonas
»del cuchillito en la liga,
»que produce el *Avapies*
»ó el barrio de *Maravillas*.
»MANOLAS serán, no hay duda
»las del ponderado enigma:
»gastan zagalejo corto;
»y á veces larga basquiña,
»segun el fuerte que tratan
»de rendir las tales niñas.
»Hete aqui en todo resuelto
»el problema GOLONDRINAS.
—Eche V. por la otra acera
adivino de la RISA.
—«No son las MANOLAS? —No.
Te lo digo?— «No lo digas:
»que por mi fé he de acertarlo,
»aunque pierda la camisa.
»Serán las que solo visten
»de elegantes señoritas:
»las que habitan los estremos,
»en casas grandes y chicas,
»es decir, el cuarto bajo,
»ó la incómoda boardilla:
»y á veces el principal,
»si hay marchantes de cuantía.
»Las que en llegando la noche
»por calles y travesías
»con el seductor ¡*cé!*... ¡*cé!*...
»el saludo y la caricia,
»y el sonrosado color
»de tersa y blanca mejilla,
»debido, sino á natura
»á estrangero perfumista,
»hacen de imberbes mancebos
»mil pasageras conquistas.
»Aquellas, que si preguntas
»por su alcurnia ó gerarquia,
»hijas son de generales,
»de intendentes, ¡qué desdicha!
»del gran TAMBORLAN de Persia,
»ó emperador de la China:

» parientas del conde *embute*
» ó de la condesa Ulrrica.
»Las desgracias, los trastornos,
» as guerras y cesantias,
» pudieran solo traernos
» á esta vergonzosa cuita!
» Así dicen; si las crees
» tienes que darlas usia.
» Estas, no haya duda, estas son
» tus propuestas golondrinas.»
—Si esas fuesen Wenceslao,
crees que las nombraria
con el sencillo epiteto
de cándidas avecillas?
No por cierto: el de *lechuzas*
era el que les convenia,
pues sorben, sino el licor
que producen las olivas,
el oro la plata y cobre
que en los bolsillos atisban,
y envueltas con el metal
cosas... de grande valia...
dejando salú y dinero
casi en las postrimerías.
Vá de dos, y no acertaste:
te rindes? —¡Oh que mania!
» Serán .... y si ahora no acierto
» esplicarás el enigma.
» Las marquesas de estropajo,
»las que saliendo á la sisa,
» tempranito y muy compuestas,
» se estan las horas perdidas
» hablando con sus *gachés*
» por esas calles y esquinas,
» aunque el ama se espeluzne
» y aunque grite, gruña y riña.
» Las doncellas... de labor:
» las señoras de cocina,
» estas son: si no acerté
» no quiero seguir la pista.
—No acertaste, y vá de tres.
Escúchame por tu vida.

II.

Hay gentes en esta córte,
y algunas lo son de cuenta,
que el estado de su bolsa
es, por su contraria estrella,
estar limpia por adentro
y muy sucia por afuera.
Estas gentes se dividen,
pues dividirlas es fuerza,
en personas de ambos sexos:
es decir en machos y hembras.
De cuenta las califico,
y son de cuenta y de cuentas,
pues cuenta tienen con sastres,
con zapateros, con tiendas,
aguadores y caseros,
la tahona y la lechera,
todos son sus acreedores
escepto las lavanderas,
y sin embargo su ropa
está limpia, blanca y tersa.
Antes que llegue el domingo,
antes que venga una fiesta,
las hembras de estas familias
las ninfas de la pobreza,
sean altas, sean bajas;
sean jóvenes ó viejas,
sean bellas como hourís
ó como un coco de feas;
todas se bajan al rio
á lavarse la decencia;
lavanderas esclusivas
de sus esclusivas prendas,
son por este esclusivismo
llamadas, ¡Quien lo creyera!
GOLONDRINAS perdurables
por las que ejercen la ciencia
con el jabon, agua clara,
blancas manos y paleta,
la ciencia, el arte sublime
de peritas lavanderas.—
«Chica, ya bajan las aves.»
Dice Colasa á Manuela.
» Como estamos en verano
» salen de sus huroneras:
» ¡no vendrán el mes de enero
«con frio, escarchas y nieblas!!
» Señorita? oigame *usté*:
» aqui tiene banca *güena*,
» y aqui hay un gran *tendeero*,
» aunque es de esparto la cuerda
» y podrán hacerse daño
» esas manitas tan bellas.
Otra grita: «Señá usía,
» la de los bucles y trenzas,
» que siempre serán postizas
» y compradas en la tienda;
» el *tendeero* y la banca
» que ocupa *usté* sepa, prenda,
» que á mi toditito el año
» me cuesta *güenas pesetas*:
» con que si quiere lavar
» á otra parte con la fiesta.
—Como no lo usaba usted!!!
—« ¡Nos viene con linda fresca!
Cuando me *hé* la *regana*,

» y el repechucho lo quiera
» lo usaré, que es muy remio.
» Mire *usté*, si tiene muelas
» lárguese del tendeero
» sino presto saldrán *juera*.
A tan grata insinuacion,
desocupa banca y cuerdas
la golondrina prudente
y de aquel sitio se aleja.
Si por desgracia se opone
á esta y otras exijencias,
anda listo el vapuleo
y el FRONTISPICIO se ostenta
de la cuitada avecilla,
de la indiscreta parlera.
Y al paso que de las manos
usa con tanta destreza,
la furibunda *Nayade*
de las orillas *soberbias*
del Támesis castellano,
tambien la sin hueso suelta:
¡la sin hueso! ¡Virgen santa!
¡La sin hueso! la lanceta,
que sangra á diestro y siniestro
las honras, vidas y haciendas.
Sosegado ya el tumulto,
apaciguada la gresca,
y cada una en su sitio,
y cada cual en su hacienda,
empieza la algaravía
de rifas, cartas y ventas.
» Al *escaheche* mejor.
» A la sardinita fresca.
» Para la ropa *arfileres*.
» A la rosca blanca y tierna.
» Pelonas, que están calientes,
» ¿quien llama á la *buñolera?*
» Mis aceitunas, muchachas;
» de Andalucía las *güenas*.
Si compran las golondrinas
murmuran las lavanderas:
—» Chica, si te cuesta poco,
» eche usté la taza *yena*:
» atras viene quien lo paga
» *sople usté el arroz que quema*.
Si no compran y no hablan
tampoco las dejan quietas.
—» Será *mua* esa señora?
—» No que es monja *ricoleta*,
» y como ahora no les pagan
» rigular es que no tenga
» ni un cuarto *hora é* lugar
» *pá* coser la *faldriquera*.
—» Calla, muger, no *arreparas*
» en que la *probe* es muy fea?
» ¡Ah! si: y no tendrá devotos
» que se acerquen á su iglesia.—
— Con el cabello encrespado,
dando voces, se presenta
una esfinge ó una parca,
una cogitranca vieja,
con facciones infernales
de avechucho de tinieblas,
que ni es bruja ni gitana,
aunque á entrambas se asemeja.
» Quien quiere saber su suerte?
» á las cartas: la cartera:
y jugando con los naipes
de una baraja mugrienta,
sus horóscopos descubre
no solo á las lavanderas,
sino á cuantas se aproximan
para saber de su estrella.
A nadie anuncia pesares:
á todas deja contentas.
Si muchos cuartos la dan
hasta las hace princesas
trocando en lobas altivas
á las mas simples ovejas.

Apenas ha terminado
su astrolávica tarea
la horrenda imágen de Cloto,
nueva escena se presenta.
» Quien echa, muchachas, quien
» á la rifa? Que es muy buena:
» un bizcocho como un pan
» y dos pares de calcetas.
Lleva en la derecha mano

la muger que esto vocea,
como la bruja, otros naipes,
otra baraja mugrienta.
Acuden las golondrinas,
acuden las lavanderas,
y la tahura entre todas
distribuye las tarjetas,
supuesto anterior subsidio
de medio real por cabeza.
La agraciada por la suerte
jamás se queda contenta.
» Este bizcocho está duro,
» estas calcetas son viejas:
» es un robo, es un engaño:
y la ambulante lotera
sino procura escurrirse
segura lleva una felpa.
Basta, pues, querido Ayguals,
aqui cesa mi tarea:
aqui cesa, y por Dios santo,
mucho que decir me resta.
Ya sabes que yo frecuento
los figones y tabernas:
san Isidro, Chamberí
y la fuente de la teja:
sin otros lugares propios
de la gente de mi esfera.
Un veterano aguerrido,
que cuatro galones lleva
allá en la siniestra manga
de su vetusta chaqueta,
no baja jamás al Prado
los *soirées* no frecuenta.
Mas en cambio, si tu gustas,
te hará relacion estensa,
sea en prosa ó malos versos,
ó sea como tu quieras,
de lo que pasa entre gentes
de mi estofa y mi ralea.
Pero mucho hemos hablado:
Adios: hasta la primera.

FRANCISCO ROBELLO. (*Tio Fidel.*)

UN TRONERA.

SEGUNDA DIABLURA ROMÁNTICA.

II.

Pasaron dias, pasaron meses, pasaron años sin tenerse noticia del paradero de Crespo y su querida. D. Agapito que merced á la buena asistencia y conocimientos de los facultativos, habia curado de su locura, se entretenia por el dia en ir á caza ó á *pescar al canal*, y á eso del anochecer se metia en la parroquia á rogar por el alma de su muger y sus hijas, víctimas las tres del insaciable tronera protagonista de esta fábula. Mientras el viejo descansa un poco y contemplamos su aspecto sombrío, su gesto displicente, retratando al corazon que lucha con la cólera y el resentimiento; mientras con paso trémulo concurre por la milésima vez á hincar la rodilla en el altar de su devocion, observemos no muy distante del templo una taberna graduada de botillería y con ribetes de fonda. Hay en Madrid muchas trampas de esta especie, merced á las preocupaciones aristocráticas de la sociedad. La sociedad no lleva á mal el que se beba vino, sino el que se pongan los pies en el umbral de una puerta, en cuya muestra diga: *Taberna ó Despacho de vino*. Asi es que los taberneros que no han creido conveniente á sus intereses el desprenderse de la gente de levita, porque saben que entre la gente de levita hay tantos borrachos como entre la de chaqueta, han ideado un medio de hacer convergir á los bebedores de todas clases y calibres, buscando para establecer su industria tiendas de dos puertas: en la una se vé el mostrador con dos jarras, una de vino tinto y otra de vino blanco, y los correspondientes vasos á las medidas de cuartillo y medio cuartillo que en el mostrador descansan boca *abajo*. *Generalmente hay reloj de pared con la* esfera estercolada por las moscas, y lo que no faltan en abundancia son unos bancos de pino guarnecidos de grasa, comparables solo á las mesas de la misma habitacion. Encima de la puerta donde todo esto se encuentra, dice: *Taberna de vino*, como si fuera lícito decir Taberna de chocolate. La puerta inmediata es un misto entre puerta y balcon. Parece balcon porque tiene persianas verdes, y parece puerta porque está en el piso bajo al nivel de las aceras. Encima de esta puerta-ventana se lee: *Cerveza*, y dentro hay tal vez todo cuanto se quiera menos cerveza. Es el ambigú de la taberna donde los melindrosos aristócratas devoran chuletas de carnero, chorizos cocidos, sardinas con casaca y los sabrosos y grasientos callos que hacen á cualquiera chuparse los dedos, aunque no sea mas que porque no se peguen.

Tal es el sitio que ocupa D. Felix Crespo con otros varios amigos, en celebridad del último triunfo conseguido por aquel malvado. —«¿Ois?» —dijo á los demas llevando á la boca el vaso. No pudo apurarlo sin estremecerse, á la mitad del trago tuvo que descansar, se pasó la mano por la frente, tendió la vista á un entierro que cruzaba la calle y como animado de mayores fuerzas para el crímen, apuró lo restante del vino esclamando: *á la salud de la difunta*. ¡Bravo! ¡bravo! gritaron los que le acompañaban, que eran dignos discípulos de Crespo en la carrera de la prostitucion, y orgulloso el maestro con el aplauso de aquella ébria sociedad, contóles la satisfaccion de su alma por la muerte de su última muger, á pesar de lo repugnante que habia sido para él tan terrible asesinato. Es la única muger, dijo enterneciéndose que he querido con frenesí. Por mucho tiempo ha ejercido sobre mí un poder ilimitado. Tan imposible me pareció antes de conocerla hallar una persona capaz de enfrenar mi libertinage, como despues de amarla romper las cadenas con que habia amarrado mis piernas, mis brazos y mis pasiones. He tenido dias de cobarde letargo en que á la manera de aquella serpiente que al sonido de un instrumento músico se deja matar, hubiera permitido al dulce alhago de su voz des-

pedazar este corazon, que en el sepulcro han de respetar los gusanos. Pero se empeñó en que no habia de querer á nadie mas que á ella, y yo recobrando mis enervados brios, la sentencié á no darme mas celos. Ya ven VV. que lo he cumplido. Es la séptima de las que la iglesia permite.

La séptima? dijeron los otros, pues es V. capaz de segar mas cabezas de mugeres que un gallego espigas.

En este instante pasaban de vuelta los sepultureros y demas que acompañaron al cadáver.

¿La habran enterrado ya? No pueden haber concluido tan pronto, dijo uno.

—Vamos á verlo respondió Crespo, y cinco minutos despues ya estaban escandalizando en la Iglesia y fastidiando á los devotos que se marchaban á paso redoblado. Solo un viejo tuvo valor para permanecer allí, y por no ser interrumpido en las oraciones que al todo-poderoso dirijia, se zambulló en un confesonario. Los alborotadores lo observaron y con mucho silencio y disimulo le cerraron las portezuelas y ventanas, que clavaron para mayor seguridad. La gente despejó la iglesia, los calaveras tomaron el pendingue y el sacristan dió una vuelta á la llave y se fué dejando dentro una muerta guardada en una caja y un vivo sepultado en un confesonario.

El vivo era el buen D. Agapito y la muerta era su hija Eduvigis que ya es hora de que digamos su nombre,

Como las doce de la noche serian cuando un quejido lúgubre y penetrante, salido de ácia donde el cadáver estaba, vino á sacar al viejo de su éxtasis. Su acalorada imaginacion le dibujó mil visiones fantásticas en todos los ángulos del templo. Aplicó su pupila á la rejilla del confesonario, y solo vió una lámpara moribunda al rededor de la cual revoloteaban las lechuzas sedientas del aceite que gota á gota habia sorbido la torcida. El aletazo de una de ellas dejó á oscuras aquella mansion de horror, y segunda vez repitieron las bóvedas el triste eco de un gemido femenil.

El viejo, antes cobarde y atolondrado, sacó fuerzas de flaqueza esta vez, rompió de un puñetazo la rejilla de su prision, y tentando aquí y tropezando allá, llegó á la mitad de la iglesia. Ya no habia luz en el templo ni luna en el horizonte, el tibio fulgor de las estrellas penetraba lánguidamente por las altas ventanas, esparciendo dentro un crepúsculo vago é indefinible que apenas se diferenciaba de las tinieblas. Con tan escasa luz es imposible percibir un objeto apacible y sosegado; pero regularmente se nota el movimiento de los cuerpos. D. Agapito observó que el del ataud levantaba la cabeza, y hubiera echado á correr sino temiera romperse las narices contra una tapia ó un facistol. Luego repuesto de su sobresalto se abalanzó al difunto, queriendo sujetarle por las piernas; pero no bien tocó en las plantas de los pies, cuando la jóven amortajada dió un grito de rábia, y con un delirio inesplicable se precipitó en los brazos del viejo gritando: ¡perdon! ¡perdon! ¡déjame vivir!!

D. Agapito se quedó atónito, la que él creia muerta estaba viva y su voz le habia herido en el alma: aquella voz le tenia confuso, necesitaba oir aquella voz, y sin embargo desesperaba de volverla á oir, porque la jóven estaba otra vez cadavérica, y no podia conocer á quien tanto le interesaba porque la obscuridad no permitia divisar sus facciones.

Poco despues el padre y la hija se habian reconocido, y esta contaba con lengua balbuciente y apagada la despedazadora historia que el viejo interrumpia con lágrimas y besos. «Ha tenido esposa, decia ella, que no le ha vivido mas que veinte y cuatro horas. Escepto yo, todas han sido millonarias, y á estas fechas me atrevo á jurar que no tiene un cuarto, porque entre el vino, el juego y sus desenfrenados placeres, es capaz de disipar mas de lo que puede adquirir.» Pensaba el viejo, como la mayor parte de la gente, que para matarlas las daria un veneno ó un pinchazo en sitio que no se pudiera descubrir; pero Eduvigis reveló el secreto que nadie conocia contando la muerte que Crespo quiso darla.

Dijo que despues de atarla los brazos y las piernas al catre, pretestando que era antojo, estuvo gran rato haciéndola cosquillas en las plantas de los pies que empezaban por rendirla y acababan por matarla. Sin duda asegurado de la infalibilidad del medio, habia D. Felix imaginado inevitable el fin, y esta seguridad le hizo no apretar tanto como tenia de costumbre. Por negocio de cuatro cosquillas menos resucitó la presunta muerta, y fué por la córte divulgado el secreto de matar mugeres.

Avergonzado Crespo de si mismo, no podia presentarse delante de la gente porque sus remordimientos le tenian en constante zozobra. Todo lo interpretaba mal. En un semblante serio leia el rencor, el que pasaba distraido y no le saludaba, era que le hacia un desprecio, el que le saludaba afable, le tenia miedo y el que se sonreia le hacia burla. Fatigado con esta inquietud solo anhelaba la muerte, pero no una muerte vulgar y cobarde. El suicidio estaba muy gastado, y desacreditado, valia mas morir en un patibulo. En el patibulo perecian algunos hombres de bien, valia mas el suicidio. Uno ú otro habia de ser y resuelto á ello empezó sus diligencias presentándose á la justicia. Los magistrados temblaban á la presencia de aquel mónstruo, y en vez de prenderle le daban prudentísimos y loables consejos: ¿querrán VV. creer que no hubo un solo juez que se atreviera con el convicto y confeso criminal? Si hubiera sido inocente y sin influjo de faldas ó pesetas, ya le ajustarian las cuentas.

Desesperó D. Felix de morir en garrote, cuyo espectáculo tanto le enamoraba por el carácter novelesco que él queria imprimirle. En primer lugar pensaba matar al cura que se quedara con él en la capilla; en segundo lugar trataba de hacer la tentativa de escaparse en el camino y presentarse luego, solo porque hubiera alguna corrida. Sentado en el tablado se le habria antojado regularmente almorzar bien para marchar con fuerzas al otro mundo, hubiera echado un trago de lo de Valdepeñas por dar un soplo si tenia espuma y decir como el otro: «fuera espuma que daña al higado.» Y como esto no le fué posible, porque tuvo la desgracia de que ninguna autoridad atendiera á sus solicitudes para entregar su cuello al verdugo, resolvió suicidarse; pero de modo que fuera imposible la salvacion.

Recordarán nuestros lectores aquel D. Matias el boticario de los encerados de papel? Pues otra vez va á habérselas con Crespo el desventurado farmacéutico. Una mañana que el buen hombre se afanaba en sus ungüentos y sus emplastos, se presentó un hombre á quien no conocia con una receta, falsa tal vez, pero que por la identidad de la firma conocida le autorizaba para despachar un veneno. D. Matias observó al jóven los ojos espantados, el cabello descompuesto y mas convulso que agitado el pecho. No sabemos todavia si le inspiró horror ó compasion, despachóle despues de pensarlo bien, y alargando el tósigo fatal murmuró entre dientes: siempre es bueno obrar piadosamente. ¡A Dios señor don Matias! dijo el tronera despidiéndose, y don Matias arrepentido de

su bondad al conocer la voz empezó á patear y tirarse de los pelos.

Paso á paso camino del canal se vé una pareja interesante que descansa de vez en cuando y aun así cree que Madrid y el canal han estrechado las distancias; tal será la conversacion, el cariño, los sueños de ventura ó los recuerdos de dolor que esciten aquella ansia de viage.

A pesar de todo yo le idolatro, dijo á su padre la muchacha y los ojos de ambos se clavaron entre sí con espresion distinta. Hubiera D. Agapito acabado por prenderla si por demasiado próximos al puente que hay cerca de los molinos no se fijaran los caminantes en una escena trágica que borró todas sus impresiones pasadas.

Sobre la barandilla del puente estaba un hombre haciendo preparativos para el infierno. Primero le vieron beber un líquido de mal color que le hizo arrugar el gesto: luego se ató una soga al cuello con nudo corredizo y al otro estremo habia una piedra de dos arrobas cuyo peso le iba á poner la garganta como un fideo. Tenia en la mano una pistola cargada y estaba inclinado al rio para zambullirse en el agua en el momento de levantarse la tapa de los sesos. La muerte no podia estar mas bien desafiada. Si escapaba del veneno iba á morir del tiro, si este faltaba debia perecer ahorcado, y últimamente de morir ahogado no podia librarse porque la profundidad era inmensa y Crespo nadaba como un manojo de martillos.

Cuando el padre y la hija oyeron el tiro y vieron caer al hombre rezaron por él un padre nuestro y se acercaron sin esperanza á socorrerle. Nada se divisaba en el agua enturbiada con el golpe del cuerpo y solo en la superficie serpeaban las pompas y espumarajo que produce la respiracion del que se ahoga.

¡Válgame Dios que trucha tan grande! dijo D. Agapito viendo una sombra en el agua: echó el anzuelo y tira que tira trajo el cuerpo exánime

del desesperado mozo que dió en vomitar agua y saltó en tierra tan listo como antes. ¡Es él! dijo la muchacha. ¡El es! repuso el padre. ¡Son ellos! contestó D. Felix, y arrodillándose les pidió perdon de sus pasadas locuras prometiendo enmendar sus errores. A sus juramentos y sus lágrimas ni el padre ni la hija pudieron resistir y los tres marcharon reunidos á casa donde vivieron muchos años en paz y en gracia de Dios. Por la noche se iban de tertulia á casa de don Matías el boticario agradecidos porque conociendo las intenciones de Crespo en vez de un veneno le dió otra bebida insignificante y escepto lo del veneno y lo del anzuelo no pudieron saber mas acerca de la salvacion milagrosa del que tantos resortes tocó para abandonar la vida.

No se lo digan Vds. á nadie; pero yo que estaba detrás de Crespo ví que al caer la llave de la pistola torció un poco el cañon y en vez de conducir la bala á los sesos, se deslizó por la superficie del pescuezo y rompió la soga que por estar atada á la piedra le hubiera hundido ó le hubiera ahorcado.

JUAN MARTINEZ VILLERGAS.

MI CRÚSPULA.

SEÑORES REDACTORES DE LA RISA:

Vayan esas once silabas,
que ni son prosa ni verso,
mas deben quedar así.
Señores mios y dueños:
despues de rogar á Dios,
á sus ángeles y cielo,
porque conserve las vidas
de redactores *no sérios*,
que aumente las suscriciones
del periódico *contento*,
al que yo no estoy suscrito
no por falta de deseos,
sino porque en *numus numi*
nada sumo y llevo cero;
principiaré mi relato.
Mas ¡ah, Dios mio! yo tiemblo
tan solo con dar principio
á esta historia que no es cuento.
Yo me enamoré de noche;
andaba el diablo muy suelto,
de una á quien entre las sombras
veces mil llamé mi cielo,
y que á luces claras es
mas que purgatorio, infierno.
La desgraciada al nacer
dejó en el vientre materno
el adjetivo inherente
á su femenino sexo,
si bien escrito con b,
y en un todo prescindiendo
de la nueva ortografía;
cuando su rostro contemplo,
veo la falta de hermoso
y la abundancia de bello,
de modo que es burda pana
mas que fino terciopelo,
de un color algo subido,
entre verde y ceniciento.
Cubren su cabeza obtusa
mal pergeñados cabellos,
que en vez de ser hebras de oro,
hebras son de tosco hierro.
Su frente estrecha y salida

es el mas propio diseño
en arquitectura gótica,
de un arco ogivo grotesco.
Sus ojos son... ¡santo Dios!
Sus ojos he dicho?... miento.
Uno solo tiene: y este
tan sentimental, tan tierno,
que aun llorando está la pérdida
de su aciago compañero.
Y si Dios no le conserva
en su estado semibueno,
no podrá verme mi bien.
Crúspula mi bien?...blasfemo.
El anteojo es en valde,
mas en valde los gemelos;
pues por falta de nariz
no hay dó asentar el primero,
y á los segundos sus manos
no han de poder sostenerlos,
aunque su infausta derecha
se quedó sin movimiento
por un ataque espasmódico
en sus tres lustros primeros,
y la izquierda semimanca,
es un barómetro cierto
de las escarchas y lluvias,
y tempestades y truenos.
En su boca tengo duda
si será de mona ó perro:
y al abrirla se descubren
dos ó tres dientes dispersos,
todos vestidos de luto
por las muelas que perdieron.
Cuando voy á visitarla
y al entrar en su aposento,
es lo primero echar mano
de mi paciente pañuelo:
prensar con él mis narices,
pues no vivo ni sosiego,
hasta interceptar el paso
á aquel ambiente tan fétido.
¡Aquí de todas mis fuerzas,
aquí de mi corto ingenio,
para poder persuadirla
que no lo causa su aliento!
Y si por prueba de amor
exije á mi boca un beso,
porque la niña se muere
por esta clase de obsequios,
entonces entran los ascos
y el contínuo salibeo,
tanto que mi pobre estómago
con tal amor se ha indispuesto.
No quiero seguir ya mas
porque es el resto mas feo:
y si yo me introdugera
á describir lo de adentro;
aquellas sinosidades,
que callo por ser honesto
salieran allí á bailar
Tirios, Troyanos y Griegos.
Tiene no obstante mi *Crúspula*
Maldonosa, *Trastoviejo*
entre tanto tanto malo
alguna cosa de bueno:
y es no ser tan habladora
como son las de su sexo,
porque como es balbuciente
y se produce escupiendo,
sufriendo está una gastritis
que la trae al retortero.—
Enamoréme en cuaresma
y como bula no tengo,
la maldita privacion
tal escitó mi deseo,
que á falta de buena carne
quise roer un mal hueso.
Pero no digan VV.
pues recomiendo el secreto
que es mi novia doña Crúspula
Maldonosa Trastoviejo.

FELIX DE ANTONIO.

COLOQUIO GALANTE.

Adios, hermosa sirena,
le dijo D. Hilarion
á una tuerta que pasaba
junto á la puerta del Sol;
Y la niña le responde:
siento no poderle yo
decir á usted otro tanto
al ver su cara feroz.
Pues miente, replicó el otro,
que yo tambien, culebron,
al apellidarte hermosa
dije una mentira atroz.

WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPIGRAMA.

Al hacer un inventario,
para aprovechar papel,
así se espresaba en él
un conciso secretario:
«Y una bula se encontró
que diligente leí,
cuyo tenor dice así:»—
Y en seguida la copió.

E. FLORENTINO SANZ.

AMBIGÚ.

Salsa de alcaparrones ó pepinillos.

Se pone en una cazuela un trozo de manteca mas ó menos grueso, y luego que se haya desleido se añade harina á proporcion. Cuando empieza á hervir se disminuye el fuego, de manera que quede templado como cosa de tres horas, meneándolo sin cesar; y ya que haya adquirido un color rojo, se saca de la cazuela y se conserva en una vasija para cuando se necesite, habiendo añadido mientras ha estado cociéndose los alcaparrones ó los pepinillos, cortados en rebanadas.

Salsa de crema.

Se mezclará en una cazuela un trozo de manteca fresca con una cucharada de harina, humedecido todo con un vaso de crema hirviendo: se menea incesantemente para que no se pegue, y se irá añadiendo hasta dos vasos de crema, pasándolo todo cuando llegue á su cocimiento. Esta salsa sirve para diferentes pescados, y para los intermedios que se hacen con legumbres y huevos: se sazona con azúcar segun el gusto de cada uno.

Salsa general.

En un cuartillo de caldo comun se mezcla medio de vino blanco, sazonándolo con sal, pimienta, corteza de limon, dos hojas de laurel, y un poco de vinagre. Este conjunto se deja en infusion á un fuego lento continuo por espacio de diez ó doce horas, pasándolo por tamiz para que sirva á toda especie de aves, legumbres y peces, y tiene la ventaja de poder conservarse sin alteracion alguna despues de muchos dias.

Otra salsa.

Se reune una cantidad suficiente de sustancias con una salsa cualquiera, poniéndola en una cazuela; se desangra y se hace hervir: despues se le echa perifollo, peregil, pimpinela y cebollino picado y limpio en agua hirviendo; y rociándolo con vinagre, se sirve.

Salsas españolas.

Se hará hervir y se quitará la espuma en una cazuela á cierta cantidad de sustancia, á la que se añadirá la esencia de caza menor y de aves, y si se quiere caldo, desengrasándolo y pasándolo por un cedazo.

Se prepara tambien con partes iguales de sustancia y de caldo, un vaso de vino blanco, un manojo de peregil, una cebolleta, una hoja de laurel, una cabeza de ajo, dos clavos de especia, dos ó tres cucharadas de aceite, un manojo de cilantro, una cebolla hecha cuartos, todo lo cual deberá hervir por dos horas, y luego se desengrasa y añade sal y pimienta.

Con criadillas, setas y suficiente cantidad de sustancia ó caldo desengrasado, se hace la misma salsa anterior.

La salsa de vigilia se hace untando todo el fondo de una cazuela con manteca, y poniendo en ella zanahorias, cebollas cortadas en ruedas, y tajadas de pescados de toda especie; se humedece en seguida con caldo de vigilia, y se pone á hervir. Se añade ajo, setas y vino blanco hasta que se reducen á una consistencia regular: se pasa todo por tamiz, y se conserva para cuando se necesite.

Salsa de estragon.

Como la anterior, no usando sino del estragon en vez de las demas plantas aromáticas.

NOTA.

Tenemos en nuestro poder una lindísima composicion de FRAY GERUNDIO para la que se está grabando una preciosa caricatura. Tambien publicaremos inmediatamente otro romance del señor Breton de los Herreros.

El número inmediato contendrá *Cada uno en su casa y Dios en la de todos* artículo de don Antonio Flores, *Me importa poco* de D. José Zorrilla, *Me importa mucho* de D. Wenceslao Ayguals de Izco, una seccion de Modas y el Ambigú.

Ademas del número que debe salir todos los domingos, daremos otro algunos jueves para ganar el tiempo que se perdió en la suspension á que nos obligaron las circunstancias.

Sale una entrega cada domingo al precio de DOS REALES, asi en Madrid como en las provincias advirtiendo que los suscritores de estas deberán adelantar el importe de cuatro entregas lo menos.

Ademas de la *Risa* publica la SOCIEDAD LITERARIA otras dos obras de lujo á saber: LA GALERIA REGIA Y VINDICACION DE LOS ULTRAGES ESTRANGEROS, con magníficos retratos de cuantos reyes han ocupado el trono de España, su historia y la de nuestras ciencias y artes desde la mas remota antigüedad, y el TESORO DE MORAL CRISTIANA, coleccion de lo mas selecto que se ha escrito sobre religion, formando los *Santos Evangelios* el primer tomo, con preciosas láminas. Estas obras han merecido los elogios de toda la prensa por su elegancia, lujo y baratura. Estan á cargo de los primeros literatos de España.

PUNTOS DE SUSCRICION. En MADRID en la imprenta de la *Sociedad literaria*, calle de san Roque, núm. 4, y en las librerías de *Cruz*, de *Razola* y de *Denné é Hidalgo*.—EN LAS PROVINCIAS en Correos y demas comisionados de la RISA.

No se admite correspondencia que no venga franca de porte.

Madrid.—1843.

IMPRENTA DE LA SOCIEDAD LITERARIA.